

PRESENTACIÓN DEL LIBRO
“OPERACIÓN ALBANIA” DE OSCAR AGUILERA

Andrés Aylwin Azócar

En una operación fríamente planificada, ejecutada en pocas horas entre el 15 y 16 de junio de 1987, agentes del Estado procedieron a asesinar en cinco lugares diferentes de Santiago a doce jóvenes chilenos integrantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Los autores del crimen individualizaron a este operativo delictual con el nombre de “Operación Albania” pero el pueblo lo ha bautizado en forma muy diferente y sugerente: “Asesinato de Corpus Christi”.

El gobierno del General Pinochet, representado por su ministro Francisco Javier Cuadra, pretendió justificar estos asesinatos masivos alegando falsos “enfrentamientos”. Pero la conciencia moral del país se alzó contra este crimen e incluso se sumaron a la protesta voces a veces ausentes en esos años como las del “Colegio de Abogados”, “Colegio de Ingenieros”, “Colegio de Químicos Farmacéuticos”.

Por su parte, Monseñor Sergio Contreras, hablando a nombre de la Conferencia Episcopal, expreso: “fue una matanza de tal magnitud que representa un serio obstáculo para la reconciliación planteada

por el Papa Juan Pablo II en su reciente visita a Chile". Agregó: "fue un golpe a la conciencia moral del país".

Constituye este uno de los más crueles asesinatos masivos perpetrados por el régimen autoritario que nos gobernó a partir del 11 de Septiembre de 1973 y una evidente expresión de terrorismo de Estado que implica graves responsabilidades penales, políticas y, desde luego, éticas.

Realizar cinco operativos delictuales en un plazo de pocas horas implicó, lógicamente, el empleo de centenares de agentes del Estado, vehículos fiscales, armas adquiridas para la defensa del país y, en general, una planificación que no se puede hacer sino con la autorización, ayuda o complacencia de importantes autoridades del Estado. Incluso el operativo se inicia bajo el amparo de una orden de investigar emanada de una Fiscalía Militar, lo que compromete aún más a la institucionalidad gobernante.

La impactante desidia con que se han tramitado por una Fiscalía Militar el proceso respectivo no ha sido obstáculo para que allí se haya establecido la existencia de doce homicidios calificados, desvirtuándose así absolutamente, la posibilidad de "enfrentamientos", dada la cantidad de balas incrustadas en los cuerpos, la trayectoria de ellas, la corta distancia desde donde fueron disparadas. Por otra parte- y así lo

señala textualmente una resolución judicial- “de los informes de autopsia no se desprende que los fallecidos hubieran presentado en sus manos carbonos o cuerpos nitrados, producto de deflagración de la pólvora como habría ocurrido necesariamente si las víctimas hubiesen disparado armas de fuego”. En esta forma todo está claro: Aquí no hubo “enfrentamientos”, sino simplemente el asesinato de doce jóvenes de edades entre 20 y 30 años, entre ellos tres mujeres.

Después de nueve años nos encontramos con una paradoja: existe un crimen atroz pero no hay autores; se movilizaron centenares de agentes del Estado, financiados con dineros de todos los chilenos, que cometieron crímenes aberrantes contra doce jóvenes y, sin embargo, ninguno ha sido individualizado pues sus jefes solo conocen curiosamente, -según dicen- sus chapas, pero no sus nombres, ni sus rostros.

En medio de esta ignominia, la Corte Suprema se niega a designar un Ministro en visita, mientras la Fiscalía Militar respectiva “cierre el proceso”.

¡Pensamos que existe mucho que reflexionar y hablar sobre todos estos hechos desde un punto de vista jurídico, político, ético, militar, psicológico, histórico, etc.!. Sin embargo, el libro que presentamos, “Operación Albania”, sangre de Corpus Christi”, de que es autor Oscar Aguilera, no nos habla propiamente de todo ello, puesto que no es esa la temática del libro.

Efectivamente, en medio de esta tragedia colectiva existen seres humanos de sangre y huesos, con dolores y esperanzas, mas que nada con ideales profundos, y frente a ello lo que hace el escritor es adentrarse en los rostros y almas de esos hombres y mujeres concretos hasta dar un sentido humano profundo y conmovedor al crimen colectivo.

Si, Oscar Aguilera humaniza el delito; descubre el rostro humano de las víctimas; penetra en su interior; nos lleva hasta las madres, hijos o compañeras de ellos. Y eso, convierte al crimen no en meros números, abstracciones o cuestionamientos jurídicos, éticos o políticos, sino en un dialogo conmovedor con hombres y mujeres jóvenes llenos de vida y esperanzas abortadas por la barbarie y la crueldad. De allí surge, más fuerte, la condena e indignación por el crimen y, también, el compromiso ético con las víctimas y sus familias.

Lo digo en forma sencilla y tal vez excesivamente personal: debemos agradecerle al autor pues estamos seguros que para todos los que lean este libro, el crimen de Corpus Christi ya no podrá ser jamás sólo el asesinato de doce jóvenes sino será, además, el sacrificio y el martirio de seres humanos casi familiares, vivos para nuestros ojos y para nuestro espíritu y, por lo mismo, frente de un compromiso con valores esenciales que surgen del rostro y del alma de seres humanos sufrientes y casi conocidos. Ese compromiso ético se extenderá igualmente a las familias de las víctimas, también presentes en el libro, en parte como

narradores de la historia y en parte, además, como expresión concreta del sufrimiento humano.

Si, por el libro conoceremos a Éster Cabrera Hinojosa de apenas 22 años, amante de su padre y de la poesía, capaz de optar concientemente por un camino que la podía llevar a los mayores sacrificios; conoceremos igualmente , a Elizabeth Escobar Mondaca, callada, introvertida, de tipo “monja”, también amante de la poesía y eterna cuestionadora de injusticias; nos acercaremos también a Patricio Acosta y Patricia Quiroz Nilo, amantes de la naturaleza y de las belleza, comprometidos en la lucha y sobrevivientes del crimen a través de su hijo Sebastián, hoy de 15 años; a Ignacio Valenzuela Poberecky, economista de prestigio que pudo optar por la vida cómoda de un profesional prestigioso y, sin embargo, optó por un tipo de compromiso que sabía podía llevarlo a los peores sacrificios; a Wilson Henríquez Gallegos, artista, enamorado, carpintero, padre amante de los niños y al mismo tiempo combatiente de una causa que creía justa; a Juan Waldemar Henríquez Araya quien gustaba de la poesía y el dibujo; se fue el extranjero y pudo quedarse allí pero volvió a Chile a solidarizar activamente con su pueblo; padre de Juan Bernardo hoy de 13 años; a Julio Guerra Olivares, viñamarino, fotógrafo, solidario hasta el extremo, con el gran sueño de llegar a ser viejo y ver renacer la democracia en su patria; a Ricardo Silva Soto, alegre, generoso, dicen que andaba con su música en la Facultad de Química y Farmacia, futbolista, buen padre y esposo; a Ricardo Rivera Silva, hijo del carbón; el día antes de su muerte recorre a su Lota querida de un extremo a otro como despidiéndose de su

tierra; portador de dolores convertidos en lucha y compromiso; a José Joaquín Valenzuela, padre de dos hijos, cuestionador desde niño de la pobreza y la injusticia; abandonó la vida fácil de su entorno social para incorporarse activamente a la lucha por sus ideales; y por último a Manuel Valencia Calderón, el menor de todos, de apenas 20 años, formado en el Colegio Salesiano "San Bosco", a quien le gustaba cantar temas prohibidos como "La Muralla", la cual se cierra ante el sable y solo se abre ante el corazón del amigo.

El texto literario va acompañado de sendas fotografías de las víctimas: de ellos; de su niñez; de sus hijos; de su entorno. Así su rostro, su testimonio, se nos hacen mucho más familiar, cercano, vivo. En este sentido podemos expresar que la complementación del arte literario con el arte fotográfico es un acierto del libro: la fotografía capta del rostro humano, aquello que jamás podrá transcribir la escritura y, a su vez, por medio la palabra se llega a ese ser interior que nunca podrá ser captado por la fotografía. En esa forma ambas expresiones culturales se complementan para dar fuerza al mayor mérito del libro: dar vida al crimen con todo su horror e, igualmente, dar vida a las víctimas con tosa su humanidad. Así, el leer y el mirar consiguen conmover el alma del lector.

No podemos eludir que los jóvenes protagonistas del libro optaron por un tipo de conducta que los colocaba al filo o al margen de la legalidad existente en esos días. Lo que no cabe duda, sin embargo, es que nada autorizaba para sustituir con respecto a ellos la aplicación de la ley

por la fuerza de la brutalidad; la sustitución de los Tribunales de Justicia por la actuación de "escuadrones de la muerte; en síntesis, convertir el juzgamiento de las conductas humanas - expresión de la sabiduría y la bondad del hombre- en simple venganza, expresión máxima de la irracionalidad y la inhumanidad.

Pero más allá de la señalada reflexión conviene analizar brevemente las causas profundas y el contexto histórico en que se opta por las conductas señaladas, todo ello en una edad en que los ideales normalmente prevalecen sobre los cálculos pragmáticos. Las expresadas circunstancias agravan aun más el horror del crimen pues las víctimas, jóvenes apenas de 26 años de edad promedio, actuaron en tiempos de extrema crueldad e indefensión de importantes sectores de nuestra sociedad.

Al efecto, conviene referirse a algunas situaciones humanas concretas que nos relata el libro que comentamos:

Ester Cabrera Hinojosa había conocido del encarcelamiento reciente de su padre, una persona profundamente cristiana; también éste estuvo arrestado después del golpe militar y todo el grupo familiar debió partir fuera de Santiago; el padre de Fernando Rivera Silva fue minero de Lota, condenado a muerte en 1973, pena que después le fue reemplazada por presidio perpetuo; José Joaquín Valenzuela tenía apenas 15 años para el golpe militar, oportunidad en que en el departamento que vivía fueron arrestados y golpeados todos los que allí habitaban; su familia debió

partir al exilio; Juan Waldemar Henríquez partió al extranjero en 1977 después de vivir la experiencia traumática del arresto de dos hermanos y el secuestro de su abuelo, a quien buscó angustiosamente, abuelo que también fue cruelmente torturado; Julio Guerra supo desde niño del terror y el hambre; Patricia Quiroz sufrió la detención y desaparecimiento de un hijo de su profesora de Castellano.

Si, el escritor no analiza estos hechos, sino simplemente los narra con palabras sencillas y de allí surge la necesaria reflexión sobre el contexto histórico de crueldad -personal y social- en que ellos - las víctimas - crecieron, pasaron su infancia y se convirtieron en adultos. Justamente ellos, al ver que en su patria reinaba la guerra y no la paz; la venganza y no la justicia; el egoísmo despiadado y no la solidaridad; la crueldad impuesta por la fuerza y no la legalidad surgida de la voluntad del pueblo, tomaron una opción ajena a cualquier conveniencia o comodidad personal, opción que los podía conducir a los peores sacrificios. Esa opción estuvo inspirada no en el "tener" sino el "ser"; no en el "yo" sino en el "nosotros"; no en el acomodo personal sino en lo que se visualizaba como bueno para la patria en su conjunto: el termino de la dictadura. En verdad, en un mundo pragmático donde a todos nos cuesta a veces entregar pequeñas cosas por los demás, siempre será respetable la acción de aquellos que son capaces de sacrificar aun su propia vida por la libertad y la dignidad de su patria.

En este sentido, el libro relata escenas conmovedoras:

La esposa de una de las víctimas pide a su pareja que deje su vida clandestina y llena de peligros; invoca para ello (¿que madre no lo hace?) la tranquilidad del hijo común. “piensa en Cristián” dice la esposa. Y el padre responde simplemente: “pienso en el; pero también pienso en todos los Cristianos de Chile”. Y también dijo poéticamente: “Creo en un futuro lleno de risas y caras iluminadas de todos los niños gozando de la libertad conquistada”.

Al efecto, no podemos dejar de destacar que existe un eterno dilema ético para todo ser humano: privilegiar sólo los “proyectos individuales”, olvidando los grandes “proyectos colectivos”, o dar especial importancia a este segundo tipo de proyectos, los sociales. Este dilema se hace especialmente dramático en tiempos de Dictadura cuando los proyectos sociales, el preocuparse de todos los Cristianos, es decir, de todos los seres humanos, implica la mayor expresión de renunciamiento personal y familiar.

Este es el mensaje de solidaridad tal vez más vital transmitido por el libro: mérito de las víctimas es haber vivido este mensaje; mérito de los familiares es haberlo sufrido y afrontado con coraje; mérito del autor es haberlo captado con todas sus fuerza y toda su poesía.

Si, insistimos, los jóvenes víctimas no eligieron el camino fácil y ellos lo sabían perfectamente, como lo expresa con belleza Elizabeth Escobar :

“ Como camino elijo este, agreste, simple y justo; y como actitud, transparencia libertaria”.

Si, tal como ellos lo visualizaban, el camino elegido era transparente pero al mismo tiempo peligroso, agreste y duro. En este sentido, el libro es una importante reivindicación ética de las doce víctimas.

En “Operación Albania, sangre de Corpus Christi” se insertan varios apéndices, entre ellos una entrevista al abogado Nelson Caucotto, uno de los más esforzados y estudiosos defensores de procesos sobre derechos humanos y abogado que ha estado a cargo del expediente respectivo. Esta entrevista complementa adecuadamente el libro señalando el marco jurídico de indefensión y abuso en que se ha tramitado el respectivo proceso. Son sus palabras: “En los anales históricos no existe otra situación semejante de doce asesinatos a sangre fría, en menos de 17 horas, todos cometidos por agentes del Estado”; también dice: “Son los informe periciales médicos y criminalísticos los que permiten recrear la vida real y es justamente eso lo que lleva a la Corte Marcial a resolver que no hubo enfrentamientos”. Y agrega acusatoriamente: “No me cabe duda que si este proceso hubiese estado en un tribunal civil ya todo se hubiera aclarado y resuelto, sin embargo, estamos frente al absurdo que los autores son todos “NN”, y por lo mismo, no se puede o intuir que son personas que pertenecen a una rama militar; sin embargo se entrega su conocimiento a la justicia militar”. Claramente estamos frente a una situación abusiva que conduce a la denegación de justicia.

El libro "Operación Albania, sangre de Corpus Christi" es una conmovedora creación literaria de orden colectivo: son las víctimas las que hablan; igualmente los familiares; los amigos; los compañeros. Pero ello no quita en nada el mérito del escritor, Oscar Aguilera, quien une vivencias y testimonios con inteligencia, pasión, belleza y, además, describe y reflexiona breve pero certeramente sobre situaciones humanas concretas, contribuyendo a crear una obra literaria destinada a recordar, conmover y despertar conciencias.

En este sentido, constituye un hermoso gesto de humildad literaria del autor que al terminar su libro señale que los autores únicos y verdaderos del libro son precisamente los doce jóvenes mártires de la Operación Corpus Christi.

No es extraño, ratificando lo dicho, que transcriba, por ejemplo, unos versos encontrados en la casa homicida de Pedro Donoso 582 escritos seguramente por algunas de las tres niñas asesinadas, y que habla del dolor de una niña ante la lejanía de su padre preso, realidad corriente para aquellas jóvenes. Dice :

"Yo sueño con tu libertad,
tu eres mi padre y mi amigo
no puedo creer en la paz
si tu no estas libre conmigo".

Vuelve a conmover esa idea fuerza que surge reiteradamente de las vivencias de los 12 jóvenes: No existe una verdadera alegría personal allí donde existen grandes penas y sufrimientos masivos; no existe una felicidad y paz personal sin una gran felicidad y paz colectiva. De allí surge la motivación existencial de estos jóvenes que lleva al extremo renunciamiento personal de ellos en aras de la libertad y la felicidad de la sociedad en su conjunto, todo ello no por imposición autoritaria del Estado, sino como consecuencia de un ideal profundo que pone la mirada no en el éxito personal sino en el bienestar de todos los seres humanos.

La experiencia nos dice que siempre en torno a las peores expresiones de crueldad, existe un grupo familiar. En este caso, a ese grupo humano -los familiares de los doce jóvenes asesinados - me ha tocado conocerlo y doy fe de una extraña mezcla de humanidad, dignidad en el dolor, reivindicación permanente de los suyos, exigencia vehemente de justicia y generosa y excesiva valoración de cualquier gesto solidario.

Esas voces de los familiares están también permanentemente presentes en el libro. Son narradores fieles de una historia de esperanza y horror y, también, son ellos mismos sujetos del sufrimiento humano emanado del crimen cometido. Ese crimen que se torna tal vez más doloroso porque se consuma cuando Chile ya vislumbraba su democracia.

Esos familiares son los que denuncian con fuerza que a sus hijos, esposos o hermanos no los mataron por una acción delictual sino

por “pensar lo que pensaban”. El sufrimiento de estos familiares termina con la muerte de uno de ellos, como es el caso del padre de Wilson Henríquez. Pero todos los que quedan vivos no sólo luchan incansablemente por la justicia sino que también procuran con vehemencia reivindicar el nombre de sus mártires como jóvenes que fueron capaces de entregarlo todo por la libertad y la dignidad de su patria.

Termino expresando que me ha conmovido este libro; he sentido a los doce jóvenes vilmente asesinados como seres humanos casi conocidos. No dudamos que el lector se sentirá necesariamente parte de sus historias; de sus sacrificios, de su consecuencia como luchadores sociales. Siento el libro como un justo homenaje a ellos y a sus familias; como un necesario remecer de conciencias en busca de la justicia y, como una indispensable apelación a la memoria histórica, en la seguridad de que no mueren los que son consecuentes en tiempos de crueldad y cobardía y que, por lo mismo, es imperativo ético -como lo hace el libro- mantener viva esa memoria y, con ello, el ejemplo que surge del martirio.

Solía decir uno de los jóvenes asesinados: “Deseo tener un hijo en tiempo de democracia” solía decir uno de los jóvenes asesinados. Ese hijo ya no nacerá nunca; pero este y otros libros y narraciones substituirán en pequeña parte la esperanza tronchada.